

XXV° Domingo en Tiempo Ordinario

Tuve una conversación privada con la Madre Teresa de Calcuta en un jardín en Roma temprano una mañana soleada en 1985. Yo terminaba mis estudios en aquel tiempo. Para descansar de las clases y la vida del dormitorio, me presenté como voluntario en un comedor dirigido por unas monjas de la comunidad de la Madre Teresa. Las hermanas estaban muy agradecidas que yo ayudara una vez a la semana a alimentar a los pobres, pero me convencieron de que las veinte hermanas necesitaban a un sacerdote más para la misa, que para la cocina. Celebré misa para las hermanas casi una vez a la semana durante un par de meses. Un día, la hermana sacristán me dijo: “Creemos que la madre viene la próxima semana.” Encogí los hombros. Había iniciado en este camino con el propósito de conocer a los pobres, no de charlar con la santa Madre Teresa. Así que no le di mucho pensamiento. A la semana siguiente me presenté para la misa, y la sacristán estaba radiante: “Madre está aquí.” Miré en la capilla, y era como si el mar se hubiera separado. Las hermanas, que por lo general se sentaban en filas en el suelo, habían hecho un pasillo en el centro. Madre Teresa de Calcuta se sentó en el suelo allí. Bueno, hice lo que iba a hacer. Celebramos la eucaristía juntos. Madre Teresa tomó el papel de liderazgo. Por ejemplo, ella comenzó la aclamación memorial, y todas las demás hermanas se unieron después de las primeras palabras. Di a todos la santa comunión.

Después de la misa, colgué las vestiduras y empecé a salir por la puerta. La sacristán me detuvo. “¿No quiere conocer a la madre?” Bueno, supongo que sí. Realmente no había pensado en ello. La hermana dijo, “Ella va a venir a verle después de que termine su oración.” La madre se quedó en la capilla varios minutos más, y yo esperaba pacientemente en el jardín justo dentro de la puerta del convento. Después, la Madre Teresa salió por la puerta de la capilla, entró en el jardín, y se acercó a mí. Nos saludamos en Cristo. Dijo muchas cosas, pero repitió varias veces esto: “Padre, siempre tiene que hacer la voluntad de Dios. Siempre tiene que hacer la voluntad de Dios”.

Voy a recordar siempre la paz y la tranquilidad de la capilla antes de la misa, y el tiempo que la Madre Teresa se tomó para terminar sus oraciones privadas después de la misa. El ruido, la actividad y el estrés llenan nuestras vidas. Las familias discuten y se pelean, los empleados se gritan unos a otros, los estudiantes insultan a sus amigos. El entrar en un lugar donde la gente está en oración silenciosa es como entrar a otro mundo. La primera carta a Timoteo dice que una de las metas de los cristianos es "llevar una vida tranquila y en paz, entregada a Dios y respetable en todo sentido." Lograremos eso solo a través de la oración, y no cualquier oración, dice San Pablo, sino en oraciones específicas "por los jefes de Estado y las demás autoridades." Si nuestros líderes políticos están protegidos y llegan a la verdad, entonces todos los creyentes podrán vivir en paz.

La gente hoy en día raramente reza por los que están en cargos públicos. Nos quejamos de ellos, los insultamos, revelamos sus pecados del pasado, y los sometemos a un escrutinio intenso. San Pablo dice que si quieres llevar una vida tranquila y en paz, no degrada a los políticos. Reza por ellos. Si sean buenos líderes, todos podemos vivir en tranquilidad y paz. Él escribe: "Quiero, pues, que [ustedes], libres de odios y divisiones, hagan oración dondequiera que se encuentren, levantando al cielo sus manos puras."

Hace dos semanas el Papa Francisco canonizó a la Madre Teresa como Santa Teresa de Calcuta. Ella nos dejó un ejemplo de hacer la voluntad de Dios en el servicio a los pobres y en oración por los demás. Si la imitamos, podemos “llevar una vida tranquila y en paz, entregada a Dios y respetable en todo sentido.”